

SUPLANTACIÓN QUIZÁ ABUSIVA

Francisco FERRER LERÍN

La historia de la aproximación a la guarida de Leontocomo no se explica sin la presencia del profesor Túa Blesa. Quiero decir que cuando inicio los trámites para recabar permisos y, en especial, para conseguir ayuda económica para el desarrollo del proyecto, he de invocar la marca “Túa” como salvoconducto eficaz y como sólido argumento. Pero el aprovechamiento de su persona no queda sólo en lo nominal sino que, en numerosas ocasiones, es precisa la usurpación física, la copia del cuerpo, el uso de la vestimenta y maquillaje del singular zaragozano.

El miércoles siete de junio de 1984 entra Túa Blesa, o mejor, entra un servidor caracterizado de Túa Blesa, en la oficina de registros de la Universidad de Lovaina con la intención de conseguir la autorización para el descenso a la gruta y, también, para el troquelado de matrículas variables destinadas a los vehículos todoterreno. Ante estos atrevimientos, y otros que luego se narrarán, sirva este texto como intento de reparación y como confesión pública de aquella tropelía, aunque luego, el conjunto de hallazgos resulte de tal importancia que se mitigue la afrenta. Este es el resumen, telegráfico, de los episodios sustitutorios pertenecientes a la curiosa aventura:

Día 1. Ferrer Lerín disfrazado de Túa Blesa (en lo sucesivo “Túa Blesa” o incluso “T. B.”) compra sogas de esparto, en rama, en la ferretería MARVAL de la ciudad de Jaca y, luego, en la pastelería Echeto, de la misma localidad, compra dos quilos y medio de Coronitas de Santa Orosia.

Día 2. Túa Blesa se vacuna contra el dengue y el chancro blando en el ambulatorio José Antonio Labordeta, del municipio de Sabiñánigo.

Día 3. Embarca, en el puerto de Calafell, a bordo del velero Hermanos Compresa, rumbo al Caribe.

Día 4. T. B. experimenta, ya en alta mar, los primeros síntomas de la enfermedad del cobre, para la que no se había vacunado.

Día 5. Desembarca, de madrugada, en compañía de un grupo de alegres maoríes y una asistente social portuguesa, en la Isla de la Tormenta, y esa tarde, asciende, en montacargas, a la última planta del lupanar que regenta Julián Mamarras.

Día 6. T. B. conoce a Kate Nelligan.

Día 7. T. B. descansa.

Días 8 y 9. Recorre los Campos de Hernán Perea.

Día 10. Llega a la Masada del Sordo. Corre el año 1823, y en buena parte del Maestrazgo se registran nacimientos de cabritos con ligeras anomalías. Son animales de buen peso y color pero que rechazan la ubre chotuna coceando y profiriendo sonidos que algunos interpretan como “¡tet, tet!” y, otros, los más, como “¡quet, quet!”. Prefieren tomar la leche de pechos femeninos aunque invariablemente mueren pronto, a los diez o doce días. Diseccionado un ejemplar por el farmacéutico de Castellón de la Plana, licenciado Gutierre Pallás García, se halla, en el interior de la cabeza —que hace de funda—, otra cabeza, pero ésta de niño humano, eso sí con los labios gruesos y prolongados a manera de belfos caballares. Ante la duda de si es o no acreedor de enterramiento en camposanto se opta por abrasarlo en el horno de pan de la Masada del Sordo, y allí esta Túa Blesa para ayudar.

Día 11. En esa jornada T. B. es el caballero de sienes plateadas que clava un estilete de mandíbula de lucio en la aorta del chulesco auxiliar Nelson García, que insultara gravemente al catedrático con sus inconvenientes comentarios.

Día 12. Conoce a Nelson Mandela.

Día 13. Conoce a Moho Serafín y a su sorprendente colibrí enano.

Día 14. Finalmente llega a Guácharo, inmensa caverna, posible morada de Leontocomo, en la montaña de Tumeretiqui, a poca distancia de Cumana. En dicha oquedad van a guarecerse, todas las noches, miles de pájaros, de cuyo estiércol se forma un caudaloso río, de aguas verdosas, que se precipita, al salir al exterior, por un espantoso acantilado hasta un gran agujero circular que comunica con los infiernos, donde alimenta a sus pobladores. En la caverna dicen que resuenan atronadores los graznidos de las aves, como doliéndose por desprenderse de tan valioso fluido.

Días 15 y 16. No encuentra a Leontocomo y empieza a dudar de su existencia, que quizá se tratara de un oficio y no de un nombre propio.

Día 17. T. B. en la Librería Calibo, de la calle Campoy Irigoyen número 6 de Jaca. Ha venido de propio a recoger la obra que mandó restaurar; los dos tomitos de los Poemas Gaélicos de Ossian publicados en Madrid en 1880 en la Imprenta de Enrique Teodoro.

Día 18. Vemos a T. B. subiendo al AVE en la estación de Puertollano. Se diría que va uniformado, quizá de revisor; se instala en el asiento más cercano a la cabina retrete, espera a que entre un usuario y acciona un pequeño mando que extrae del bolsillo. La trampilla se abre, y a la vía cae el defecante. La travesía es larga. Muchos los servicios. T. B. trabaja para un incierto grupo, obstinado en aliviar el planeta.

Queda mucho por contar, pero las horas de luz son escasas en estos días de invierno; espero que el resumen, aunque breve, haya definido al héroe.

Firmado: Pablo Amatller Moragas